

EL ACOMPAÑAMIENTO ESPIRITUAL DOMINICANO

Fray Julián de Cos, O.P.

Real Convento de Predicadores (Valencia, España)

<https://www.dominicos.org/estudio/recurso/el-acompanamiento-espiritual-dominicano/>

INTRODUCCIÓN

Hace unas décadas, hablar de «acompañamiento espiritual dominicano» habría resultado un poco extraño, porque por entonces en ciertos ámbitos de la Orden de Predicadores se consideraba que el acompañamiento espiritual era algo más propio de jesuitas y otros Institutos religiosos. Por fortuna, las cosas han cambiado y ahora lo normal es que miembros de la Familia Dominicana se formen adecuadamente para realizar este importante servicio. Es más, no es raro ver a dominicas y dominicos realizando cursos de acompañamiento dados por jesuitas.

Lo cierto es que ha habido miembros de la Familia Dominicana realizando acompañamiento espiritual desde los orígenes de la Orden de Predicadores, comenzando por el propio santo Domingo (ca. 1174-1221), como veremos más adelante. Pensemos, por ejemplo, en el acompañamiento que durante más de ochocientos años las monjas dominicas han realizado a muchas de las personas que se han acercado al torno o al locutorio de sus monasterios, buscando ser escuchadas, consoladas y sanadas interiormente.

¿A qué nos referimos con el término «acompañamiento espiritual»? básicamente, a *la ayuda que la Iglesia proporciona a un creyente concreto, por medio de un diálogo estable y continuado con una persona cualificada (el acompañante espiritual), para que dicho creyente logre seguir a Cristo por el camino que él libremente va discerniendo*¹. El acompañamiento espiritual hasta el concilio Vaticano II fue llamado «dirección espiritual». Tras el concilio, paulatinamente, ha ido implantándose este cambio terminológico debido a que la palabra «acompañamiento» expresa mejor la libertad que siempre debe tener la persona acompañada para discernir la voluntad de Dios.

¹ Cf. U. OCCHIALINI, «Dirección espiritual», en L. BORRIELLO, E. CARUANA, M. R. DEL GENIO, N. SUFFI, *Diccionario de Mística*, San Pablo, Madrid, 2002, 572-578; V. PASQUETTO, «Dirección espiritual», en E. ANCILLI (dir.), *Diccionario de Espiritualidad*, vol. I, Herder, Barcelona, 1987², 618-628.

Ciertamente, no todos están llamados a ser acompañantes espirituales. En primer lugar, la persona debe sentir que Dios le pide realizar este servicio. En segundo lugar, es necesario que haya experimentado un proceso de maduración interior. En tercer lugar, debe tener una actitud contemplativa. Y, por último, es muy importante que estudie y se forme adecuadamente, pues eso ayudará a dicha persona a potenciar sus cualidades y a evitar graves errores. Porque el acompañante trata con lo más esencial del ser humano: su alma. Y si lo hace equivocadamente, entonces puede hacer un gran daño a su acompañado. En efecto, un mal acompañante puede destrozar la vida a una persona. Sin embargo, realizando adecuadamente este servicio, el acompañante puede ayudar a salvar su vida.

De todo esto hablaremos en este pequeño estudio.

SANTO DOMINGO, SACRISTÁN EN EL BURGO DE OSMA

Vamos a comenzar analizando un periodo de la vida de santo Domingo que ha pasado casi desapercibido en sus biografías y en los estudios sobre su espiritualidad. Se trata de esos dos años en los que ocupó el cargo de sacristán en la comunidad de *canónigos regulares*² de la catedral de El Burgo de Osma³.

Hay un documento fechado el 16 de agosto de 1199 que lo presenta como sacristán de la comunidad⁴ y otro del 13 de enero de 1201 en el que aparece como subprior⁵. Si damos por válido que probablemente santo Domingo nació en 1174⁶, se deduce que fue nombrado sacristán cuando tenía unos 25 años. Por entonces hacía sólo unos dos años que había profesado como canónigo, lo cual debió de ser en torno a 1197⁷. Y fue nombrado subprior cuando tenía unos 27 años.

² No confundir con los actuales canónigos. Aquellos eran religiosos y, como tales, hacían los votos de pobreza, castidad y obediencia, y vivían bajo la Regla de San Agustín y las Costumbres propias de su comunidad.

³ Cf. Cándido ÁNIZ IRIARTE, «Espiritualidad de Santo Domingo. Experiencia de vida entre Caleruega y Osma (1170-1203)», en Cándido ÁNIZ IRIARTE, Luis V. DÍAZ MARTÍN, (Coords.), *Santo Domingo de Caleruega. Contexto eclesial religioso. IV Jornadas de Estudios Medievales de Caleruega*, San Esteban, Salamanca 1996, pp. 13-62, p. 60.

⁴ Cf. Vito T. GÓMEZ GARCÍA, (ed.), *Santo Domingo de Guzmán. Escritos de sus contemporáneos*, Edibesa, Madrid 2011, p. 1100; Humbert-Marie VICAIRE, *Historia de santo Domingo*, Edibesa, Madrid 2003, p. 157.

⁵ Cf. GÓMEZ, *op. cit.*, p. 1102 ; VICAIRE, *op. cit.*, p. 157.

⁶ Cf. GÓMEZ, *op. cit.*, p. 80.

⁷ Cf. GÓMEZ, *op. cit.*, p. 114; VICAIRE, *op. cit.*, p. 151.

En todo caso, estas fechas nos revelan un dato muy importante: Domingo encajó muy bien en aquella observante⁸ comunidad de canónigos regulares y sus superiores pronto le ofrecieron cargos importantes. A este respecto, el beato Jordán de Sajonia (ca. 1190-1237) nos dice lo siguiente:

«Se admiraban ante tan rápida y nunca vista cumbre de perfección y lo constituyeron subprior para que, colocado sobre más alta atalaya, resplandeciera a la vista de todos y a todos estimulara con su ejemplo»⁹.

También el cargo de sacristán era –y sigue siendo– fundamental¹⁰ en una catedral y en un convento, dadas las labores que debe realizar¹¹. Éste ha de cuidar que los objetos, vestimentas y libros litúrgicos estén en buen estado para su uso en las celebraciones. Asimismo, debe estar atento a la limpieza de toda la iglesia y al estado de las flores y las velas. Ha de ocuparse de colocar en los ambones los libros apropiados para las oraciones comunitarias y las celebraciones eucarísticas. Y si se va a utilizar incienso, tiene que preparar el incensario. El sacristán también anota las intenciones de las Misas y debe dirigir con paciencia y diligencia a las personas que trabajan en la sacristía y a los acólitos que ayudan a los sacerdotes en la Eucaristía.

Todo esto implica algo muy significativo: el sacristán era el canónigo que más tiempo estaba en la iglesia. En efecto, santo Domingo era el primero en entrar por la mañana en la catedral, para encender las velas antes de que sus hermanos bajaran al coro, y era el último que se iba por la noche, para dejarlo todo cerrado y apagado. Y a lo largo del día estaba pendiente de todo lo que ocurría en la catedral.

Por ello, es muy probable que fuera él quien más a menudo se ocupara de acoger fraternalmente a los pobres que venían a pedir comida, algo a lo que él daba una gran importancia, como bien lo demuestra el pasaje de su estancia en Palencia en el que vende sus libros para «reparar en cuanto pudiera la miseria de los pobres que morían de hambre»¹². También es muy

⁸ Cf. VICAIRE, *op. cit.*, pp. 150-151.

⁹ JORDÁN DE SAJONIA, *Orígenes de la Orden de Predicadores (Libellus)* 12, en GÓMEZ, *op. cit.*, p. 210.

¹⁰ Cf. VICAIRE, *op. cit.*, p. 152, nota 94; Cándido ÁNIZ IRIARTE, José María HERNÁNDEZ, *Santo Domingo canónigo de Osma. Presencia dominicana en la diócesis de Osma*, San Esteban, Salamanca 1997, p. 65.

¹¹ Cf. *Regla de S. Agustín y Constituciones del Orden de Predicadores, para el uso de Religiosos, y Religiosas de dicho Orden, así de coro, como fuera de él. En S. Pablo de Valladolid: por Fernando Zepeda. Año MDCCX. Con licencia de los Superiores*, p. 89; <https://es.catholic.net/op/articulos/67267/cat/13/que-es-lo-que-hace-el-sacristan.html#modal>.

¹² Cf. JORDÁN DE SAJONIA, *op. cit.*, 10, en GÓMEZ, *op. cit.*, p. 209.

probable que atendiera asiduamente a las personas que acudían a orar o para hablar con un sacerdote.

SANTO DOMINGO, ACOMPAÑANTE ESPIRITUAL

Esto último nos remite a una importante labor que con frecuencia realizaban¹³ los sacristanes en las catedrales y los conventos: la de escuchar, aconsejar, confesar y acompañar espiritualmente a las personas. Es lógico pensar que santo Domingo, siendo sacristán, tuviera que atender a numerosos fieles que acudían a la catedral con dudas, con preocupaciones o con remordimientos a causa de sus graves pecados. De ahí que el beato Jordán nos diga lo siguiente:

«Como olivo floreciente de frutos¹⁴ y como ciprés que se alza hasta las nubes¹⁵, [Domingo] consumía los días y las noches en la iglesia, se entregaba sin interrupción a la plegaria y, como si quisiera recuperar el tiempo dedicado a la contemplación, apenas comparecía fuera de la cerca del monasterio [en el que vivían los canónigos]. Dios le había otorgado la gracia singular de llorar por los pecadores, por los desdichados y por los afligidos. Gestaba sus calamidades en lo íntimo del sagrario de su compasión, y el amor que le quemaba por dentro salía bullendo al exterior en forma de lágrimas»¹⁶.

Posiblemente, entre las personas que santo Domingo atendía, había inmaduros adolescentes, sencillas campesinas, laboriosos artesanos y poderosas mujeres de la nobleza castellana. Asimismo, es muy probable que también asistiera espiritualmente a comunidades femeninas, entre ellas a las canonesas de San Esteban de Gormaz¹⁷, cuya comunidad se trasladó a Caleruega en 1270 para ocupar, transformadas en monjas dominicas, el monasterio que allí ordenó construir el rey Alfonso X El Sabio¹⁸.

Podemos imaginar la solicitud y la paciencia con la que santo Domingo atendía a todas aquellas personas. Algunas necesitaban hablar con

¹³ Hablamos en pasado porque en la actualidad cada vez es más normal que esta labor la realice un laico de confianza. Además, fuera del horario de las celebraciones, muchas catedrales se abren para las visitas turísticas y muchas iglesias conventuales están cerradas para evitar robos y otros problemas.

¹⁴ Cf. Sal 51,10.

¹⁵ Cf. Sir 50,11.

¹⁶ JORDÁN DE SAJONIA, *op. cit.*, 12, en GÓMEZ, *op. cit.*, pp. 210-211.

¹⁷ Cf. ÁNIZ, «Espiritualidad de...», p. 60.

¹⁸ Cf. Carmen GONZÁLEZ, «Volviendo a las raíces», en Domingo ITURGAIZ, *Caleruega Documental*, Pamplona 2006, pp. 33-48, p. 44.

él para desahogarse o pedir consejo. Otras buscaban recibir el sacramento de la Reconciliación. Y otras acudían a él con cierta periodicidad para ser acompañadas espiritualmente, bien porque su vida había perdido sentido, bien porque les costaba mucho relacionarse con Dios, o bien porque necesitaban dejar su vida de pecado y emprender el camino de la salvación.

También es muy probable que santo Domingo aconsejara y acompañara espiritualmente a novicios y a jóvenes religiosos de su comunidad, pues así lo hizo dos décadas después tras fundar la Orden de Predicadores, lo cual testificó fray Esteban en el Proceso de Canonización:

«Dijo también que santo Domingo fue óptimo y muy gran consolador de los frailes, en las tentaciones de éstos y en las de los demás. Lo sabe porque como al principio de su conversión era novicio, tuvo muchas y variadas tentaciones, en las que recibió pleno consuelo mediante sus consejos y predicación. Lo propio sucedió a otros muchos frailes novicios, como se lo oyó decir»¹⁹.

En efecto, santo Domingo tenía el don de la consolación, es decir, era capaz de aliviar la pena y el sufrimiento interior de las personas. Asimismo, fray Rodolfo afirmó que «era alegre, afable, paciente, misericordioso, benigno y consolador de los frailes»²⁰. Éstas son, ciertamente, seis cualidades muy importantes del buen acompañante espiritual.

Pero sobre todo santo Domingo destacaba porque respetaba la libertad interior de sus acompañados. En lugar de forzarles a seguir a Cristo siguiendo un determinado camino, o de decirles cómo debían orar en privado, les ayudaba a dejarse guiar por el Espíritu Santo. Tras fundar la Orden de Predicadores, sabiendo que algunos de sus hermanos intentarían seguir su ejemplo en lugar de guiarse por la inspiración interior del Espíritu Santo, no revelaba cómo oraba privadamente. Así lo narra fray Bonviso de Piacenza:

«El testigo dijo que fray Domingo tenía la siguiente costumbre, a saber: cuando los frailes salían de la iglesia después de completas para ir a dormir, él se ocultaba en el templo para orar. El mismo testigo, queriéndose enterar de lo que hacía en la iglesia fray Domingo, se escondió allí con frecuencia, y le oía orar al Señor con máximo clamor, lágrimas y agudos gemidos»²¹.

¹⁹ *Proceso de Canonización. Actas testigos de Bolonia VII, 3*, en GÓMEZ, *op. cit.*, pp. 324-325.

²⁰ *Ibid.* VI, 3, en GÓMEZ, *op. cit.*, p. 320.

²¹ *Ibid.* IV, 1 en GÓMEZ, *op. cit.*, pp. 308-309.

LAS COLACIONES DE JUAN CASIANO

No sabemos a ciencia cierta si santo Domingo tuvo acompañantes espirituales. Residiendo en Gumiel de Izán durante su niñez, cuando él tenía entre unos 7 y unos 14 años aproximadamente, podemos suponer que su tío arcipreste, además de formarle intelectualmente, también lo hizo espiritualmente. Otra importante referencia fue su amigo Diego de Acebes (ca. 1160-1207). Él fue prior suyo en El Burgo de Osma y, después, siendo su obispo, compartieron dos viajes diplomáticos a Dinamarca y, a continuación, tras hablar con el Papa Inocencio III en Roma, se sumaron a la Santa Predicación –que dicho pontífice había organizado con ayuda de un buen grupo de abades cistercienses– en el Languedoc, muriendo Diego a finales de 1207.

El hecho es que, como era normal entre las personas cultas que deseaban madurar interiormente, santo Domingo estudió las *Colaciones*²² de Juan Casiano (ca. 360-435), las cuales, además, le ayudaron a formarse como acompañante espiritual. Dice el beato Jordán:

«Leyendo con aprecio un libro titulado *Colaciones de los Padres*, en que se trata de la materia referente a los vicios y a toda la perfección espiritual, se esforzó por buscar con sumo cuidado las sendas de la salvación y seguirlas con toda la fuerza de su alma. Este libro lo condujo, con la ayuda de la gracia, a una ardua pureza de conciencia, a mucha luz de contemplación, a la cumbre de la perfección».

Aunque santo Domingo no era un monje anacoreta como los que protagonizan este libro, sí era, como ellos, un contemplativo. En efecto, la vida de los canónigos regulares de Castilla era esencialmente contemplativa, tal y como nos lo ha descrito el beato Jordán unos párrafos más arriba, cuando nos dice que santo Domingo se dedicaba fundamentalmente a orar y apenas salía de la clausura del recinto en el que habitaba. Pues aquellos canónigos regulares de El Burgo de Osma llevaban una vida parecida a la de los monjes, aunque éstos trabajaban manualmente para ganarse la vida, cosa que los canónigos no hacían, porque vivían de las limosnas, las rentas y los diezmos.

Ciertamente, las *Colaciones* de Juan Casiano es una de las más importantes obras de la espiritualidad cristiana. En ella, Casiano reproduce el contenido de las conversaciones espirituales que su amigo Germán y él

²² Juan CASIANO, *Colaciones*, PL 49, 477-1328. En castellano puede leerse en la edición de Rialp (Madrid 1958-1962).

tuvieron con maestros del desierto egipcio en las dos últimas décadas del siglo IV, cuando el monacato anacoreta estaba en su máximo esplendor.

De aquellas maestras y maestros espirituales del desierto sabemos que eran expertos en el camino de la perfección porque ya lo habían recorrido. Tenían la actitud de un padre o una madre, educando no sólo con la enseñanza de las virtudes, sino también dando ejemplo de ellas. También eran personas que, dócilmente, dejaban que fuese el Espíritu Santo quien inspirase sus palabras. Gracias a su perspicacia, eran capaces de conocer el corazón de las personas. Y también tenían el don de la palabra, con la que educaban, consolaban y sanaban interiormente a sus discípulos y a otras personas que acudían a ellos. Éstas, por su parte, debían ser fieles, sinceras y obedientes. Si no lo eran, se suspendía el acompañamiento y se les enviaba de regreso a su casa.²³

Es necesario aclarar que la obediencia que se pide al acompañado hace referencia al cumplimiento de las indicaciones que le dé su acompañante, pues es normal que a veces éste le pida realizar lecturas o ejercicios que, aun siendo beneficiosos, le resulten difíciles, trabajosos o duros. Sin embargo, como ya hemos dicho, en modo alguno el acompañante debe obligar al acompañado a seguir a Cristo por un camino que él no haya discernido libremente.

LOS TRES GRADOS DE MADURACIÓN ESPIRITUAL

Los maestros que aparecen en las *Colaciones* eran en su mayoría discípulos de Evagrio Póntico (ca. 345-399) o, al menos, eran buenos conocedores de su pensamiento. Evagrio fue el primer monje en poner por escrito sus lecciones espirituales²⁴ por medio de *apotegmas* –es decir, en pequeños párrafos– y fue recopilándolos ordenadamente²⁵. Este autor, a su vez, se basa en el pensamiento de Orígenes (ca. 185-254), el cual ideó los

²³ Cf. Tomas SPIDLÍK, Michelina TENACE, Richard CEMUS, *El monacato en el oriente cristiano*, Monte Carmelo, Burgos 2004, pp. 102-103; Daniel de PABLO MAROTO, «Espiritualidad de los Padres del Yermo. Pasado y vigencia en nuestro tiempo», *Revista de Espiritualidad*, 62 (2003), pp. 41-78, p. 75; cf. pp. 45 y 75; GRÜN, *op. cit.*, p. 13; García M. COLOMBÁS, *El monacato primitivo*, B.A.C., Madrid 2004 (2ª edic., 2ª reimp.) pp. 72-73; Tomas SPIDLÍK, *La espiritualidad del oriente cristiano*, Monte Carmelo, Burgos 2004, p. 336.

²⁴ Están recogidas en esta obra: EVAGRIO PÓNTICO, *Obras espirituales*, Ciudad Nueva, Madrid 1995.

²⁵ Cf. José I. GONZÁLEZ VILLANUEVA, «Introducción», en EVAGRIO PÓNTICO, *op. cit.*, pp. 11-130, pp. 21 y 61; Anselm GRÜN, *La sabiduría de los padres del desierto*, Sígueme, Salamanca 2001 (3ª edic.), p. 15.

tres grados clásicos de maduración espiritual, que son una referencia fundamental en la espiritualidad cristiana. Muy resumidamente, son éstos:

El primer grado es el de *principiante*. En sus primeros pasos, el creyente –con ayuda de la gracia divina– debe esforzarse en ejercitar el autodomínio (o ascesis) consigo mismo, la caridad con los otros y la oración con Dios.

Haciendo esto va madurando interiormente, alcanzando así el segundo grado, el de *avanzado*. De este modo, habiendo mejorado su autodomínio, su caridad y su oración, ahora es capaz de tener una fructífera relación con Dios en su vida cotidiana por medio del trato con buenas personas, la lectura de obras edificantes y la contemplación de su entorno, la naturaleza o imágenes religiosas.

Y así, el creyente se va sintiendo cada vez más unido a Dios en lo hondo de su corazón, directamente, sin intermediarios, alcanzando de esta forma –con ayuda de la gracia divina– el grado de *perfecto*. Ahora el creyente se conoce bien a sí mismo y domina sus instintos y pasiones, ama sincera y desinteresadamente a todos, y se sacrifica espontáneamente por el bien común. Esta «perfección» brota de su íntima unión con Dios, sintiendo que –de algún modo– es «uno» con Él.

¿Tenía santo Domingo este esquema como referencia cuando realizaba el acompañamiento espiritual? Probablemente, pues los tres grados de maduración ideados por Orígenes eran muy conocidos. ¿Y qué ruta espiritual, qué pasos o qué pautas seguía para ayudar a su acompañado a madurar interiormente? Esto no lo sabemos, pues no nos ha llegado ningún dato ni testimonio. Las *Colaciones* de Juan Casiano no determinan ninguna metodología concreta. Y santo Tomás de Aquino (ca. 1224-1274) no dejó nada escrito sobre este tema. Gracias a ello, en la Familia Dominicana los acompañantes espirituales se han sentido libres para ejercer este servicio siguiendo su propio parecer, como veremos más adelante.

LA ACTITUD CONTEMPLATIVA

Todo esto le hizo ver a santo Domingo que los mejores acompañantes espirituales son las mujeres y hombres contemplativos. Éstos, viviendo en un ordenado y silencioso ambiente de clausura, protegidos del bullicio y el caos del mundo, pueden alcanzar un íntimo conocimiento de sí mismos y de su Amado. Y así, son ellos los que mejor pueden sanar el corazón de las personas.

Por eso, cuando el obispo Diego de Acebes y santo Domingo se sumaron en 1206 a la Santa Predicación del Languedoc, pronto fundaron en Prulla, junto al principal nudo de caminos de aquella región, un monasterio femenino. Ambos sabían que esa comunidad contemplativa sería el pilar principal de aquella misión que la Iglesia estaba llevando a cabo con el fin de evangelizar a los numerosos cátaros que había en aquella zona del sureste francés. Diego y Domingo estaban convencidos de que el monasterio de Santa María de Prulla no sólo serviría de lugar de descanso y cura para los predicadores, sobre todo sería un lugar de sanación espiritual.

Y, en efecto, así fue. Cuando santo Domingo se quedó prácticamente solo predicando en el Languedoc, habiendo estallado la cruzada contra los cátaros en 1209, fueron sus hermanas contemplativas las que supieron escucharle, aconsejarle y acompañarle espiritualmente. En aquellos durísimos años, ellas fueron su refugio y sostén. Podemos imaginar el estado físico, psicológico y espiritual en el que llegaba santo Domingo a aquel monasterio después de haber estado varios meses predicando en aldeas donde le insultaban y menospreciaban por ser católico y en otras que habían sido assoladas por la guerra. También vio los estragos que hacía la pesimista espiritualidad cátara, que repudiaba la materia y el cuerpo humano, amargando la vida de las personas. Y así, día tras día, en el corazón de santo Domingo se iban generando dolorosas heridas, las cuales sólo podían ser sanadas por personas expertas en la materia: sus hermanas contemplativas de Prulla.

Pero ¿es que el acompañamiento espiritual sólo pueden realizarlo las monjas y los monjes? La historia de la espiritualidad y la propia experiencia nos dicen que no. Sabemos que en la Iglesia hay todo tipo de personas que realizan muy bien este servicio. Por ejemplo, hay madres de familia que lo desempeñan de un modo excepcional. Pero el hecho es que, cuanto más contemplativa sea la actitud del acompañante, mejor realizará esta labor. Es decir, cuanto más contacto interior tenga con Dios y más se proteja del mal, mejor podrá ayudar a otras personas.

EL ACOMPAÑAMIENTO ESPIRITUAL DOMINICANO

Hasta ahora hemos visto los fundamentos del acompañamiento espiritual, pero ¿cómo se realiza dicho acompañamiento en el ámbito dominicano? ¿Se siguen algunos pasos concretos? ¿Hay ciertas pautas necesarias? Como venimos diciendo, no hay nada de eso, porque cada uno lo hace a su manera, dependiendo de lo que le dice su sentido común, su propia experiencia, la formación que ha tenido y, sobre todo, en virtud de lo

que él mismo, en lo hondo de su corazón, discierne que Dios le pide hacer para ayudar a su acompañado.

Como es lógico, no es igual el acompañamiento que puede hacer una hermana dominica que es profesora de Teología Dogmática, al que realiza un laico dominico que es psicólogo, o una monja especialista en mística renana. Cada uno le da un enfoque diferente y sigue distintas pautas. Lo importante es tener muy claro el objetivo: ayudar a la persona acompañada a seguir a Cristo por el camino que ella libremente va discerniendo.

Aunque santo Tomás no escribió nada sobre acompañamiento espiritual, su teología ha tenido durante siete siglos (del XIV al XX) una gran influencia en las dominicas y los dominicos que han ejercido este servicio. Un buen ejemplo es santa Catalina de Siena (1347-1380). Podemos conocer cómo realizaba el acompañamiento leyendo algunas de las cartas²⁶ que envió a sus discípulos, entre los que había laicas, laicos, terciarias consagradas, sacerdotes diocesanos, frailes, monjas y monjes. En dichas cartas vemos claramente cómo santa Catalina conocía bien el corazón de sus acompañados y se esforzaba en animarlos a madurar espiritualmente, dándoles útiles consejos. Éstos tenían como base su propia experiencia interior y, como ya hemos dicho, su amplio conocimiento de la teología tomista, que ella había adquirido con ayuda de varios frailes, tras ingresar en la comunidad de terciarias dominicas consagradas de su ciudad.

También es tomista la espiritualidad de fray Luis de Granada²⁷ (1504-1588), aunque está muy influenciada, asimismo, por la espiritualidad española del siglo XVI, de corte místico-afectivo. Ciertamente, pueden sernos de gran ayuda sus tratados espirituales, los cuales están enfocados a la formación de personas que están iniciando su camino de maduración interior. En dichos tratados, fray Luis ofrece consejos sencillos y metodologías muy flexibles que la persona debe adaptar a sus propias circunstancias. Curiosamente, él mismo dice²⁸ que no escribe para avanzados

²⁶ Una buena selección de sus cartas espirituales está recogida en CATALINA DE SIENA, *Transforma tu corazón. Cartas espirituales de santa Catalina de Siena* (Julián de COS, ed.), San Esteban, Salamanca 2019. Todas las cartas que se conservan están publicadas en: José SALVADOR y CONDE (ed.), *Epistolario de santa Catalina de Siena. Espíritu y doctrina*, San Esteban, Salamanca 1982. En www.dominicos.org puede descargarse gratuitamente la *Carta 37. Sobre las dos celdas del monje*.

²⁷ Estas tres obras pueden descargarse gratuitamente: LUIS DE GRANADA, *Fundamentos de la oración. Selección de textos espirituales de fray Luis de Granada* (Julián de COS, ed.), Salamanca 2021; LUIS DE GRANADA, *Contemplar a Dios en la naturaleza. Introducción del símbolo de la fe I, cap. I-XXII* (Julián de COS, ed.), Salamanca 2021; Julián de COS, *La espiritualidad de fray Luis de Granada*, Salamanca 2014.

²⁸ Cf. LUIS DE GRANADA, *Obras completas*, vol. I: *Libro de oración y meditación* (A. Huerga, ed.), Madrid, 1994, pp. 291, 457.

y perfectos porque considera que ellos, libremente, deben ponerse en manos del Espíritu Santo, para que sea Él quien –inspirándoles interiormente en el fondo de su alma– les guíe hacia la unión con Dios.

LA AMISTAD ESPIRITUAL

Hay una forma de diálogo espiritual que se ha dado mucho en la Familia Dominicana a lo largo de la historia, desde sus orígenes. Se trata de la amistad espiritual. Si en el acompañamiento hay una relación vertical en el que uno es el acompañante y otro es el acompañado, en la amistad la relación es horizontal, de igual a igual, pues ambos se ayudan mutuamente a seguir los pasos de Cristo.

Antiguamente, esto se daba cuando un fraile acudía con asiduidad a hablar con una dominica buscando su consejo y, así, surgía entre ambos una profunda y sincera amistad. También se daba el caso inverso, cuando una dominica hablaba o se confesaba habitualmente con el mismo fraile y éste, escuchándola, percibía que ella era alguien de confianza que podía ayudarle.

Una referencia muy significativa es la amistad espiritual que tuvieron la beata Diana de Andaló (ca. 1200-1236) y el beato Jordán de Sajonia, en los primeros tiempos de la Orden²⁹. Pero sobre todo destaca la amistad que tuvieron santa Catalina de Siena y el beato Raimundo de Capua (ca. 1330-1399), fruto de la cual surgió la reforma de la Orden de Predicadores, que fue pionera en la decadente Iglesia del siglo XIV³⁰. Dado que Raimundo conocía muy bien a Catalina, tras la muerte de ésta, él escribió su biografía espiritual: la *Leyenda mayor*³¹, que tuvo mucha difusión e influencia en la Familia Dominicana. Asimismo, tenemos la *Autobiografía espiritual*³² del beato Enrique Susón (ca. 1295-1365) gracias a que su amiga sor Isabel Stagel (ca. 1300-1364) anotó los acontecimientos más importantes que él le narró acerca de su experiencia interior, y él después los completó y los publicó.

²⁹ Algunas de las cartas que Jordán escribió a Diana las podemos leer en: Alejandro del CURA (ed.), *Cartas a Diana de Andaló y a otras religiosas*, San Esteban, Salamanca 1984.

³⁰ Varias cartas que Catalina escribió a Raimundo se encuentran recogidas en *Epistolario de santa Catalina de Siena*. Las tres más significativas se hayan también en *Transforma tu corazón*.

³¹ RAIMUNDO DE CAPUA, *Vida de Santa Catalina de Siena*, Espasa Calpe, Buenos Aires 1947. Esta obra puede leerse on-line en [La Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#).

³² Éste y la gran mayoría de sus otros escritos están publicados en: Enrique SUSÓN, *Obras. Exemplar y cuatro sermones alemanes* (Salvador SANDOVAL, ed.), San Esteban, Salamanca 2008.

También han abundado las amistades espirituales con personas que no pertenecen a la Familia Dominicana, como es el caso de la mística carmelita santa Teresa de Jesús (1515-1582), la cual entabló una fructífera amistad con el dominico fray Domingo Báñez (1528-1604), que ocupó la prestigiosa cátedra de Prima de la Universidad de Salamanca. Asimismo, destaca la amistad que mantuvieron la beguina Cristina de Stommeln (1242-1312) y fray Pedro de Dacia (ca. 1235-1289)³³.

LOS *SERMONES* DE FRAY JUAN TAULERO

Todas las obras que estamos indicando a pie de página no sólo nos pueden ayudar a crecer espiritualmente, también sirven de ayuda para aquellos que se sientan llamados a realizar el acompañamiento espiritual. Además, pueden encontrarse buenos manuales de acompañamiento en las librerías religiosas y en Internet³⁴. Porque es fundamental que los acompañantes se formen bien en esta materia, pues, como ya hemos dicho, eso les ayudará a potenciar sus cualidades y a evitar graves errores.

Hablando de la buena formación, es necesario hacer referencia una obra que ha sido de gran ayuda para maestros espirituales tan destacados como san Juan de la Cruz (1542-1591), el cual la estudió –junto a otras obras– en Salamanca cuando se formaba como carmelita, en los años 1564 a 1568. Se trata de los 84 sermones³⁵ que se conservan de fray Juan Taulero (ca. 1300-1361), el cual, junto al beato Enrique Susón, fue un destacado discípulo del Maestro Eckhart (ca. 1260-ca. 1327), creador de la mística renana.

Estos sermones fueron predicados por Taulero en monasterios de dominicas con el objetivo de ayudarlas a madurar espiritualmente. En el sermón 7 explica con claridad los tres grados de maduración espiritual³⁶. También expuso a sus hermanas varios itinerarios para alcanzar la unión con

³³ Una colección de cartas que se escribieron entre ambos se encuentra publicada en Marcos F. MANZANEDO FERNANDEZ (ed.), *Historia de una amistad. Las cartas de Pedro de Dacia y de Cristina Stommeln*, San Esteban, Salamanca 2004.

³⁴ Por ejemplo: Anselm GRÜN, *Acompañar. La dirección espiritual de los Padres del desierto*, San Pablo, Madrid 2009; William BARRY y William CONNOLLY, *La práctica de la dirección espiritual*, Sal Terrae, Maliaño 2011; Luis María GARCÍA DOMÍNGUEZ, *El libro del discípulo*, Sal Terrae/Mensajero, Maliaño/Bilbao 2011; Manuel RUIZ JURADO, *El discernimiento espiritual. Teología, historia, práctica*, BAC, Madrid 2002.

³⁵ Dichos sermones pueden descargarse gratuitamente: Juan TAULERO, *Sermones. El abandono interior y el nacimiento de Dios en el fondo del alma* (Salvador SALMERÓN y Julián DE COS, eds.), Murcia 2022.

³⁶ Cf. sermón 7, nn. 3-5 (TAULERO, *op. cit.*, pp. 76-79).

Dios, es decir, el grado de perfecto. En el sermón 65 propone a los principiantes la práctica de los diez mandamientos, a los avanzados los consejos evangélicos (pobreza, castidad y obediencia –recordemos que está hablando a monjas–) y a los perfectos la imitación de Cristo³⁷. En el sermón 40 describe un camino espiritual que comienza por la placentera contemplación, pasa por una dura crisis espiritual y acaba en la transformadora unión con Dios³⁸. En el sermón 39 habla de estos cuatro pasos: hacer la voluntad de Dios, recogerse interiormente, llegar a tener un interior del que fluye un gran amor caritativo y así alcanzar la unión con Dios³⁹. En el sermón 20 nos dice que para ascender hasta la perfección espiritual es recomendable el sufrimiento ascético, el gozo místico, morir espiritualmente y la práctica de la devoción⁴⁰.

Taulero nos ofrece esta variedad de itinerarios para que los tengamos como referencia. Esto refuerza un valor muy importante del que ya hemos hablado varias veces: la libertad. Si Taulero hubiese expuesto siempre el mismo itinerario, nos estaría forzando a seguirlo, pues no habría otra alternativa. Sin embargo, hace todo lo contrario: nos muestra que se puede madurar espiritualmente siguiendo alguno de los itinerarios que él indica, o por medio de otro. Lo importante es que el creyente –siguiendo la inspiración interior del Espíritu Santo– sepa escoger el itinerario que mejor se adapta a sus circunstancias.

Hablando del seguimiento de Cristo, en el sermón 64 recomienda seguirle desde el interior del fondo del alma, con un total abandono, por la senda estrecha de la perfección interior y a través de la crisis espiritual, pues así el propio Cristo, que es el Camino, nos conduce a la unión con Dios⁴¹. En el sermón 65 nos expone cómo, al experimentar la humanidad de Cristo y su divinidad, sentimos, al igual que Elías en el monte Horeb⁴²: el «terremoto» de la transformación, el «fuego» del amor y el «soplo» del Espíritu Santo, para así alcanzar la «heredad», que es la perfección espiritual. Después nos habla de abrazar la Cruz de Cristo⁴³.

Como puede verse, estos sermones aportan al acompañante espiritual valiosas pistas, pautas y nociones para realizar correctamente su labor.

³⁷ Cf. sermón 65, nn. 2-6 (TAULERO, *op. cit.*, pp. 675-682).

³⁸ Cf. sermón 40, nn. 9-11 (TAULERO, *op. cit.*, pp. 420-425).

³⁹ Cf. sermón 39, nn. 2-7 (TAULERO, *op. cit.*, pp. 403-411).

⁴⁰ Cf. sermón 20, nn. 4-7 (TAULERO, *op. cit.*, pp. 207-211).

⁴¹ Cf. sermón 64 (TAULERO, *op. cit.*, pp. 663-671).

⁴² Cf. 1Re 19,11-13.

⁴³ Cf. sermón 56, nn. 3-5 (TAULERO, *op. cit.*, pp. 584-590).

CONCLUSIÓN

El acompañamiento espiritual es un magnífico medio que la Iglesia pone en nuestras manos para ayudar a otras personas a seguir el camino de la salvación. Hemos visto que en la Familia Dominicana esto se ha llevado a cabo desde sus orígenes de un modo libre y plural. Pero, en todo caso, debemos insistir en que, para que una dominica o un dominico lleguen a ser un buen acompañante espiritual, además de sentirse llamados por Dios para realizar este servicio, es importante que se formen bien, estudiando y asistiendo a cursos. También es fundamental que vivan –en la medida de lo posible– con actitud contemplativa. Eso les ayudará a ponerse en manos de Dios. Porque, con mucha humildad, deben limitarse a ser mediadores entre Él y su acompañado.